

1.- Comentario a las lecturas. En el evangelio de este domingo el Señor nos insiste en un punto muy importante en nuestra vida espiritual: Si queremos que dé fruto tenemos que estar tan unidos a Él como el sarmiento a la vid. Entre ellos hay una unión más estrecha que la que hay entre la madre y el hijo que lleva aún dentro del seno. Entre éstos recorre la misma sangre; la respiración y el alimento de la madre pasan al hijo. Pero, el hijo no muere si se separa de la madre; es más, llegado a un cierto punto, para vivir debe abandonar el seno materno y vivir por cuenta suya; muere si permanece unido a la madre más tiempo del normal. En nuestro caso, pasa, al contrario: el sarmiento (nosotros) muere si se separa de la vid, y vive si permanece unido a ella.

Este argumento, de que necesitamos la Gracia de Dios para crecer en nuestra vida espiritual parece muy claro y evidente, pero si lo pensamos bien, todavía nos domina la mentalidad de que la salvación es fruto de nuestro esfuerzo y voluntad y de nuestras “buenas obras y compromisos”.

Esto mismo afirmaba un monje británico del siglo IV, Pelagio, que sostenía que no es necesaria la Gracia para salvarse; el Hombre con su sola voluntad es capaz de hacer el bien y ser santo. Jesucristo, decía él, solo vino a darnos un buen ejemplo. Esta idea, llamada Pelagianismo, fue considerada como herética por la Iglesia que siempre ha sostenido lo que afirma el mismo Jesús en el evangelio: “Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí... porque sin mí no podéis hacer nada”. Respecto a esto S. Pablo en una de sus cartas llega a decir que sin la ayuda de la gracia no es capaz ni de un buen pensamiento.

El Papa Francisco nos habla de este peligro en su exhortación apostólica “Alegraos y exultad”. En ella dice que: “Ningún ser humano puede exigir, merecer o comprar la gracia divina, y que toda cooperación con ella es don previo de la misma gracia: hasta el deseo de ser puro se realiza en nosotros por infusión del Espíritu Santo y con su acción sobre nosotros”. Nuestra fe es demasiado moralista y voluntarista. Basamos todo en hacer las cosas por nuestras fuerzas o, solo, en ayudar a los pobres y ser buenas personas. Ser cristiano es mucho más que eso, porque las buenas personas no aman a sus enemigos, ni se humillan, ni devuelven bien por mal. Y esos son los frutos de los que el Señor nos habla en el evangelio y que estamos llamados a dar; pero por obra y gracia del Espíritu Santo.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º. ¿Cómo vives tu fe, pensando que con tus solas fuerzas te puedes salvar o te crees de verdad que sin la ayuda de Dios nos puedes hacer nada?; 2º ¿Como juzgas a los demás: desde la caridad o más bien desde el moralismo?; 3º ¿Te conformas con ser “bueno” solo, o aspiras a la santidad?

3.- Oración. Señor, quédate conmigo. Tú sabes que soy débil, que tantas veces me encuentro solo. Me abandono en tus manos. Te doy gracias porque me haces ver que en la debilidad soy fuerte contigo. Y que nada debo temer, porque tu vas conmigo.

Amén